

Martín RODRIGO ALHARILLA, *Un hombre, mil negocios. La controvertida historia de Antonio López, marqués de Comillas*, Barcelona, Ariel, 2021, 411 pp.

Martín Rodrigo es un experto biógrafo de hombres de negocios del siglo XIX y un viejo conocedor de la familia López. Entre sus biografiados se encuentran los Goytisolo, los Gil, los Samá y, por supuesto, los marqueses de Comillas, a los que ya dedicó un libro y cuyas empresas fueron objeto de su tesis doctoral. Aunque el propio Martín ha señalado alguna vez que el de la biografía es un género menor, hay que decir que, cuando el personaje es importante, como en este caso, el estudio de su figura ofrece una visión muy rica de la sociedad y la economía de su época y se convierte en un complemento perfecto de los estudios más generales.

La figura de Antonio López y López, comerciante, armador y banquero, ha sido siempre controvertida. Si bien recibió homenajes de sus contemporáneos en distintas ciudades españolas y se construyeron monumentos en su honor a partir de su muerte, también entonces empezó su leyenda negra, con un libelo escrito por su cuñado, Pancho Bru. La mancha del origen de su fortuna, el tráfico de esclavos en Cuba, ha perseguido al personaje y su estatua en Barcelona ha sido retirada en dos ocasiones, durante la Guerra Civil y en 2018. Martín Rodrigo empieza el libro precisamente con este episodio y la polémica pública que lo acompañó, que probablemente tiene bastante que ver con la oportunidad editorial de visitar al personaje. Aunque dedica un capítulo a demostrar la implicación de López en el tráfico de esclavos en Cuba, el libro va mucho más allá, pues nos ofrece una visión panorámica de las distintas actividades empresariales del protagonista, que se convirtió en el hombre más rico de la Cataluña de su tiempo.

Nacido en Comillas en 1817, Antonio López tuvo un origen humilde. Su padre era un jándalo, un cántabro establecido en la Baja Andalucía que falleció cuando él solo tenía dos años y medio. Ello provocó que su madre viuda, sus dos hermanos y él pasaran estrecheces económicas. Antonio empezó a trabajar siendo adolescente, siguiendo los pasos de su padre, en un establecimiento comercial de unos parientes en la provincia de Sevilla; a pesar de los pocos recursos, la red familiar era un activo. En 1834, huyó hacia México para no ser reclutado en la guerra carlista y en 1838 llegó a Cuba. En aquel momento, la isla disfrutaba de un fuerte período de expansión, iniciado cuatro décadas antes, basado en el cultivo de la caña de azúcar con trabajo esclavo. En un primer momento, se estableció en La Habana y, a la altura de 1842 o 1843, en Santia-

go. En esta ciudad, en la que vivió hasta 1854, se haría rico. Primero pasó de ser un empleado a establecer una modesta tienda. Después se ganó la confianza de Domingo Antonio Valdés, un asturiano instalado en Guantánamo que le prestó dinero para realizar sus negocios y con el que, en 1847, fundó Valdés y López. Esta sociedad añadiría al comercio minorista las actividades de consignación de buques y tráfico de esclavos. Antonio López también se ganaría la confianza del propietario del edificio donde estaba situada su tienda, el catalán Andreu Bru, y la de su hija Luisa, con la que se casaría en 1848. Cuando se celebró esta boda en Barcelona, donde ya residían los Bru, López aún no era rico. De hecho, la dote de diez mil duros de su esposa le permitió prescindir de su socio Domingo Valdés y formar Antonio López y Hermano. En 1856, ya había acumulado una fortuna importante y todo indica que el salto económico de esos años se debió al tráfico de esclavos.

Efectivamente, en el tercer capítulo del libro, Rodrigo demuestra cómo Antonio López participó en el negocio de esclavos. Él mismo no tuvo inconveniente en reconocer en 1850 que sus compañías mercantiles, primero Valdés y López, después Antonio López y Hermano, se habían estado dedicando a la reventa y distribución de esclavos criollos en Cuba desde 1846, que eran adquiridos en Santiago y enviados al centro y al occidente de la isla. Esta era una actividad perfectamente legal en aquellos momentos, al tratarse de negros nacidos en Cuba. Sin embargo, el cónsul británico en la isla denunció la participación de Antonio López y Hermano en una expedición de negros «bozales», es decir, apresados en África y llevados ilegalmente a la isla. De hecho, no hay duda de que los hermanos Antonio y Claudio López fueron consignatarios de un número indeterminado de expediciones negreras arribadas de manera clandestina al oriente cubano. El cónsul británico denunciaba estos desembarcos ilegales, pero la Administración española no ponía mucho interés en investigar los hechos. La complicidad de las autoridades y funcionarios coloniales en este tráfico ilegal era evidente, al facilitar a cambio de sobornos la legalización de los bozales como criollos. Uno de los barcos denunciados por el cónsul de ser consignados por Antonio López y Hermano fue apresado posteriormente por las autoridades británicas en la costa africana, con esclavos embarcados. Por otra parte, su cuñado Francisco Bru, residente en aquellos años en Santiago de Cuba y meritorio de la empresa, denunció en un libro publicado tras la muerte del cántabro su participación en el tráfico ilegal de esclavos. No cabe duda de que el negocio esclavista de López provocó el gran salto en su fortuna durante la segunda mitad de la década de 1840 y la primera mitad de la siguiente.

Antonio López se estableció definitivamente en Barcelona en 1855. Fue liquidando gran parte de sus activos en Cuba y se dedicó a multiplicar la fortuna que había acumulado allí. Lo logró, sobre todo, haciendo buenos negocios con el Estado. En 1857, creó en Madrid la sociedad Antonio López y Cía., que con el tiempo se convertiría en la principal naviera española. Empezó con dos casas de comercio, una en Barcelona y otra en Alicante. Aprovechando la llegada del tren a Alicante desde Madrid en marzo de 1858, inició la explotación de la línea de barcos regular de Alicante a Marsella para ofrecer un billete combinado de tren y barco. En la guerra de Marruecos de 1859-1860, la compañía de López se encargó del traslado de las tropas, municiones y víveres al norte de África. Fue el primer negocio que hizo con el Estado y le

abrió las puertas al contrato de la conducción de la correspondencia a las Antillas (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo). Esta se inició en 1862 y la subvención que López recibía por cada viaje le reportaba unos beneficios anuales de 2,7 millones de reales. Los contratos del correo antillano suponían un ingreso fijo para la compañía, al que se añadían los otros de la actividad naviera, principalmente transporte de pasajeros y mercancías a las Antillas. También transportaba cualquier tipo de efectos a requerimiento del gobierno, como tabaco desde Cuba o monedas de oro y plata desde la Península. Pero el gran negocio acabaría siendo el transporte de tropas: la guerra de Santo Domingo (1863-1865) y la guerra de los Diez Años de Cuba (1868-1878) reportaron grandes beneficios a la compañía. A partir de 1863, Antonio López añadió a la de comerciante y naviero la condición de banquero al convertirse en vicepresidente del Crédito Mercantil, sociedad de crédito que nació en el boom de aquellos años y en la que participaron muchos indianos catalanes. Dedicada a la especulación con terrenos del Ensanche barcelonés y a las inversiones ferroviarias, quedó muy tocada por la crisis de 1866, pero renació unos años después. Fue precisamente la primera guerra de Cuba la que galvanizó a los círculos de indianos. López fue uno de los líderes de la campaña de los voluntarios catalanes en Cuba, impulsada por la Diputación de Barcelona y un nutrido grupo de burgueses catalanes con intereses en la isla, consistente en subvencionar el reclutamiento de voluntarios para combatir a los rebeldes cubanos. No deja de ser paradójico que un antiguo desertor demostrara tanto fervor por animar a otros a ir a la guerra. En 1871 también participó como vicepresidente en la constitución del Círculo Hispano Ultramarino de Barcelona, cuyo presidente fue su consuegro Joan Güell. La discusión en las Cortes del Sexenio de la ley para abolir la esclavitud en Puerto Rico movilizó los intereses de los indianos de toda España, que crearon la Liga Nacional. La abolición de la esclavitud en la pequeña de las Antillas se aprobó en marzo de 1873, poco después de proclamarse la República, lo que llevó a López y su familia a trasladarse a Toulouse.

Tras el abrupto final de la República por el golpe de Pavía, el lobby colonialista influyó eficazmente para que el Estado aumentara el esfuerzo bélico e impidiera la independencia cubana. Antonio López lideró la concesión de un gran préstamo de 75 millones de pesetas al Estado para poder ganar la guerra, en el que participaron numerosos indianos catalanes, el Banco de Castilla y el partido español en Cuba. Negociaron unas condiciones leoninas para un Estado que estaba en franca debilidad: tipos de interés altos, intervención en la política arancelaria y participación en la gestión de la administración fiscal cubana para garantizarse el retorno de lo invertido. Este préstamo acabó convirtiéndose en un banco, el Hispano Colonial. Una parte del dinero fue a pagar los servicios de transporte de tropas y pertrechos militares de la naviera de Antonio López. Él y sus socios consiguieron enormes beneficios gracias a esa guerra, que Cuba se mantuviera fidelísima unos cuantos años más y que, además, los consideraran grandes patriotas. Alfonso XII concedió a López el título de marqués de Comillas en 1878 y, tres años después, lo convirtió en grande de España. Además, pasó las vacaciones de verano de 1881 y 1882 en su casa de Comillas.

En 1880, se renegó el préstamo al Estado del Banco Hispano Colonial. Las negociaciones se desbloquearon cuando el Ministerio de Ultramar lo ocupó Cayetano

Sánchez Bustillo, socio en negocios financieros de varios accionistas del banco y recompensado posteriormente por Comillas con la vicepresidencia de la Compañía General de Tabacos de Filipinas. El banco perdía el derecho de veto en la política arancelaria cubana, pero, merced a la emisión de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, no solo recibía el retorno del principal del crédito, sino un 10 % adicional y el porcentaje que le correspondía del aumento de la recaudación de las aduanas cubanas. Además, participaba en la emisión y colocación de dichos títulos, con importantes comisiones. Con este nuevo convenio, el Hispano Colonial dejaba de ser el mero gestor de un préstamo al gobierno y se convertía en un banco industrial. López contaría con un importante grupo financiero, formado por el Banco de Castilla, el Crédito Mercantil y el propio Hispano Colonial, para llevar a cabo sus iniciativas empresariales. Una de ellas fue la transformación de la sociedad regular colectiva Antonio López y Cía. en la sociedad anónima Compañía Transatlántica. Otra, la creación de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, que llenaría el hueco dejado por el Estado al desestancar el tabaco en el archipiélago asiático. Por otra parte, López llegó a ser el principal accionista de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, compró la compañía minera La Montañesa, especuló con terrenos del Ensanche madrileño y participó, de la mano del Crédito General de Ferrocarriles liderado por la familia Girona, en la fundación de Altos Hornos y Fábricas de Hierro y Acero de Bilbao. Cuando murió repentinamente en enero de 1883, era el hombre más rico de Cataluña.

Gracias a su trabajo en numerosos archivos españoles y cubanos, Martín Rodrigo aprovecha la peripecia de Antonio López para describir los círculos de negocios de los españoles en Cuba, distintas trayectorias de ida y vuelta de la isla. Asimismo, explica cómo se desarrolló el capitalismo español en la segunda mitad del ochocientos, al calor de la Ley de Sociedades de Crédito y la fiebre ferroviaria. También cuenta cómo los indianos se articularon en un eficaz grupo de presión que fue determinante en la configuración del régimen de la Restauración y su política colonial. Antonio López no solo ilustra el pecado original del tráfico de esclavos de muchas fortunas españolas, sino que también demuestra que los grandes negocios se han hecho muy a menudo cerca del poder político y a costa del interés general. A pesar del tiempo transcurrido, la primera restauración borbónica sirve de espejo de la segunda.

MARC PRAT SABARTÉS
Universitat de Barcelona